

perdigados en revistas y diarios. Pero en aquel momento todavía era raro que los intelectuales se acercasen al tango de manera respetuosa y documentada, y eran escasísimos los libros dedicados íntegramente a su análisis. Por eso me llamó la atención y me entusiasmó que Sábato no sólo se mostrase cercano al tango, sino que además estuviese preparando una antología que habría de aparecer en 1963 con el título de *Tango, discusión y clave* y el pie editorial de Losada. Recuerdo también que me enorgulleció poder acercarle días después un recorte de la revista «Caras y Caretas», de 1904, que había descubierto poco antes, sobre el auge del tango en los bailes de carnaval.

Sábato no se detenía en lo puramente anecdótico; rescataba lo más profundo y metafísico de la música de Buenos Aires, «el fenómeno más original del Plata», precisaba. Y recurría a ejemplos de ciertas letras, por ejemplo, la de *Café de los angelitos*, cuando Cátulo Castillo, su autor, se pregunta:

*¿Tras de qué sueños volaron?
 ¿En qué estrellas andarán?
 Las voces que ayer llegaron
 y pasaron, y callaron,
 ¿dónde están?
 ¿por qué calles volverán?*

Y los comparaba con los de Jorge Manrique o resaltaba la precisa definición con la que finaliza el tango de Tagle Lara *Puente Alsina*:

*Borró el asfaltado
 de una manotada
 la vieja barriada que me vió nacer (6).*

Eran tiempos en los que no se hablaba de literatura sin caer en el tema del compromiso político y, como era lógico, salió en la charla. Además, en la Argentina se subrayaba una y otra vez la necesidad de edificar un arte y una literatura nacionales. Para ambos problemas tuvo una respuesta única:

(6) Años después Sábato habría de escribir una letra de tango sobre música de Aníbal Troilo, famosísimo compositor e intérprete, un verdadero mito porteño, a quien alguien bautizó «el bandoneón mayor de Buenos Aires». El tango, llamado *Alejandra*, refleja la historia, el recuerdo, de la protagonista de *Sobre héroes y tumbas*:

*He vuelto a aquel banco del Parque Lezama.
 Lo mismo que entonces se oye en la noche
 la sorda sirena de un barco lejano
 mis ojos nublados te buscan en vano.

 Ahora tan sólo la bruma de otoño,
 un viejo que duerme, las hojas caídas.
 El tiempo y la lluvia, el viento y la muerte,
 ya todo llevaron, ya nada dejaron.
*

—Sólo hay mala o buena literatura. Eso es todo. Si es buena *ipso facto* será nacional. Shakespeare y Dostoyevski son nacionales porque son profundos y no al revés —sentenció.

La frase la escribí puntualmente en el tren de vuelta, antes de comenzar a leer *Uno y el universo*, que acababa de regalarme.

El viernes siguiente, de acuerdo a lo prometido, me citó en el Café Querandí de la esquina de Moreno y Perú, para presentarme al grupo que acababa de fundar *El grillo de papel*. Allí conocí a los casi debutantes Arnoldo Liberman (que ya había publicado su primer libro, *Poemas con bastón*, hacía unos meses), Abelardo Castillo, Humberto Costantini (también había editado un libro de cuentos en 1958: *De por aquí nomás*), al pintor Oscar Castello, por entonces poeta, y a Víctor García Robles. Salvo Castello, que derivó hacia la plástica, los otros nombres elaboraron con el tiempo una obra rica, nutrida y notoria.

Esa tarde Sábado llegó con el original del *Informe sobre ciegos*. Unos muchachitos desconocidos le habían pedido para una revista poco menos que ignota (acababa de aparecer el primer número) un fragmento de su próxima novela; y él, como un principiante, arrimaba su texto para que eligiesen algunas páginas que luego habrían de aparecer en el tercer número.

Para mí era la primera novela que leía mecanografiada. Hasta entonces la literatura se había limitado a volúmenes impresos y en un terreno secreto, marginal y doméstico, mis propios poemas. Esa lectura me encandiló, me parecía la llave, el acceso al mundo fascinante de la literatura. Aún hoy, a más de veinte años de distancia, carezco de objetividad para juzgar esas páginas, quizá a causa de aquel primer impacto.

En estos flashes de la memoria, en los que salvo aquellos primeros encuentros, las fechas y las circunstancias, como es natural, se mezclan, se confunden, puedo —sin embargo— recordar una con nitidez: la del 29 de marzo de 1962. Ese día el presidente constitucional, Arturo Frondizi, elegido por una amplísima mayoría cuatro años antes, fue desalojado del poder por un golpe militar. Nos encontrábamos en la ciudad de Mar del Plata en un festival cinematográfico del cual Sábado era —creo— jurado. Después de cenar salimos a caminar por la rambla y un grupo de jóvenes lo reconoció. Era un figura popular. Hacía dos o tres meses que la edición de Fabril, de *Sobre héroes y tumbas*, con un cuadro de Yuyo Noé en la portada, pasaba de mano en mano y su foto se multiplicaba en diarios y revistas. Pero nadie habló de literatura. Los desencantos por la gestión del gobierno derro-

cado esa mañana arriesgaron frases de indiferencia antel el golpe. Sábato se indignó:

—Ahora van a saber lo que ocurre cuando toman el poder los militares. Ahora sí va a haber represión y entrega del país —enfaticó.

Una voz que evoco titubeante agregó con timidez:

—Pero usted no se llevaba bien con el gobierno, inclusive renunció a un cargo oficial.

Sábato le respondió que sería una mezquindad anteponer los problemas personales al destino del país y que todos los golpes militares implican un retroceso. Después continuamos caminando junto al mar en una suerte de monólogo en el cual profetizó algunos sucesos que comenzarían a manifestarse días después. Y no se equivocó.

Creo innecesario destacar que mis sentimientos hacia Sábato eran compartidos entonces por la mayoría de los nuevos escritores, esa promoción que luego los historiadores de la literatura denominarían *generación del sesenta*. Ernesto era, sin discusión, el arquetipo, el modelo y el maestro. Algunos le calcaron los gestos, los tics, la entonación o repetían —como yo— sus frases. Era la palabra distinta, heterodoxa, combativa. Tan herética como para elogiar al mismo tiempo al Ché Guevara y a Victoria Ocampo, al general De Gaulle y a Jean Paul Sartre. Nos gustaba que fuera impaciente, susceptible, celoso y generoso al mismo tiempo. Nosotros teníamos más o menos la edad de su hijo mayor, Jorge Federico (de quien me hice muy amigo) y tal vez esa similitud hacía que nos alentara u orientara con tono paternal, y hasta más de una vez se preocupó de conseguirnos trabajo. Como era lógico, algunos necesitaron alejarse de esa imagen para poder crecer. Otros, en mayor o menor medida (a veces estando a miles de kilómetros de obligada distancia), siguieron en contacto con él aunque fuese a través de esas esquelas de tres o cuatro líneas, o de encuentros fugaces en distintas partes del mundo.

Algún día eruditos investigadores o complicados ordenadores descubrirán hasta qué punto las opiniones, los juicios y hasta las arbitrariedades de Sábato pesaron en la generación del sesenta y aun en los intelectuales más jóvenes. Aunque no hubiese escrito un solo libro, su nombre aparecería una y otra vez como el de un maestro, título que muy pocos pueden ostentar con tanta justicia. Pero además los escribió, claro.

HORACIO SALAS